

# Camino de azucenas

De habérselo preguntado antes, Marcos nunca hubiera afirmado que el peor de los castigos no era el dolor ni los sufrimientos, ya físicos, ya psicológicos, sino la falta completa de esperanza. Esa falta que en la vida de los mortales sólo se puede intuir vagamente, esa falta que no se siente hasta que se descende por aquel póstumo abismo que ya había quemado sus mismas pieles hacía ya años. Mas, ¿qué importancia habría de cobrar un año o dos, qué relevancia podía adquirir el tiempo si se había detenido? Aquél que se despierta por las mañanas consciente de que tiene un día por delante, en el que sólo el miedo y la soledad llamarán a su puerta, comprende que su vida ya no es lineal, sino circular. Su existencia adquiere una forma helicoidal que gira y se retuerce sobre sí misma, descendiendo más y más hacia el sumidero de los infelices, para acabar llegando a ningún sitio. ¿Qué puede entonces aportar el sol ganando por enésima vez en su monótona carrera contra el horizonte si sólo es un tácito mensajero que con su luz ahonda más en el desconsuelo, anunciando que ya despierta un nuevo día para sufrir? Algunos dicen que las personas que así se encuentran son culpables en sí mismas de su propia condena. Que están como están porque en el fondo lo han querido así, o no han hecho nada para evitarlo. Que se han cerrado en sí mismos. Cada vez que Marcos llegaba a este punto en sus solitarios pensamientos, la ira anegaba de nuevo sus entrañas. Sus ojos se inyectaban de sangre y las carótidas comenzaban a bombear el vital vertido con fuerza descomunal. Esa era la primera parte, pues cuando la cólera comenzaba a dispararse, yéndose sabe Dios a dónde o con quién, sólo quedaba la tristeza acompañándole. La sangre de sus ojos perdía su color rojizo y se tornaba transparente. Su sabor ferroso cambiaba a un amargo salino. Entonces Marcos

tenía que luchar con todas sus fuerzas contra el peor de sus enemigos: el llanto desesperado.

Nunca fue fácil vencer a Marcos en sus convicciones más profundas. Siempre dijo que en los ideales en los que creía ciegamente, nunca nadie podría subyugarle o arrebatarse sus sueños, pues estaba dispuesto a dar su vida por ello. Con aquella perspectiva, como mucho sólo se le podía empatar. Y podían contarse con los dedos de las manos los que estaban dispuestos a pagar un precio tan alto sólo para empatar. Por eso Marcos siempre fue guerrero. Acaso un guerrero de causas perdidas, como el honor o el amor verdaderos, pero al fin y al cabo todos los guerreros lo eran. Y estos luchadores, entre los que se encontraba nuestro amigo, no podían dejarse vencer por el llanto. Marcos siempre fue capaz de salir airoso a esas batallas consigo mismo. Lo realmente duro venía montado en el viento un instante después, porque mientras una emoción intensa domina la mente de una persona, el sujeto está lo suficientemente entretenido tratando de atajarla. Marcos lo llamaba el combate contra el miedo. Se podría decir que ganaba esa batalla todos los días, pues nadie nunca fue capaz de ver lágrimas en sus ojos, quizá tan sólo Eva, pero para entonces ella ni siquiera pudo advertirlas. Tras la guerra, supuestamente ganada, el vacío regía de nuevo sobre su ánimo y recordaba a su compañera. Cuando el dolor anegaba al guerrero, en la oscuridad él evocaba la grácil figura de Eva y la creía a su lado. Sólo su recuerdo y fantasía, que le hacía imaginarse de nuevo sus ojos clavados en los suyos, le permitía soportar todo. Siempre había creído que juntos vencerían a cuantas impías angustias se cruzaran por su camino. Y aunque ella ya no estaba en su sendero, su alma seguía con él en forma de recuerdo indeleble. Sólo tenía que pensar en aquella tarde de Abril y la angustia y congoja comenzaban a disiparse.

Lejos quedaban todos aquellos recuerdos suyos, aquellas ilusiones que un día inundaron su cuerpo como una bandada de pájaros inunda el cielo intensamente por un momento. Por aquellos años, si ella se cruzaba ante sus ojos, aquellos mismos pájaros batían sus alas en el pecho de Marcos. Le gustaba esa sensación a pesar de que siempre había entendido que no podía pasar de ser estrictamente eso, una pura sensación que nunca contaría a nadie. Y sin embargo, aquella chica levantaba el céfiro si sus cabellos volaban por un momento, y su lisa y oscura melena, se tornaba clara haciendo caer un mechón castaño sobre su frente. Dos diamantes azabache que reflejaban el disco solar estaban encuadrados magistralmente entre cuidadas pestañas. Marcos adivinaba que su tez era suave, pues nunca había podido comprobarlo con sus propias manos, pero se le figuraba en ocasiones un manto liso cual noche de Mayo, interrumpido por un par de centelleantes estrellas y diosas nocturnas, Venus y Afrodita. Dos labios esculpidos a conciencia completaban su rostro.

Eva poseía manos delicadas, como si hubiera de tener cuidado, pues cual rey Midas, todo cuanto tocase habría de tornarse en oro. Marcos creía en ello ciegamente, pues su vida misma había dado un vuelvo sin necesidad de haber sido tocado. Aquellos sublimes ojos posados sobre él por un segundo había sido suficiente. Le gustaba recordar aquello que había leído en un viejo libro. "Sabe, si alguna vez tus labios rojos / quemar invisible atmósfera abrasada, / que el alma que hablar puede con los ojos, / también puede besar con la mirada". Eso era lo único que podía hacer cuando ella pasaba con aire decidido por delante suyo. Ni siquiera sabría quién era, ni siquiera sabría que por las noches él soñaba en decorados más bellos y caminaba los pasillos por los que ella producía aquel sonido con sus zapatos cada mañana por caminos polvorientos y castaños floridos en primavera. Ni siquiera sabría que al caer el sol él cogía su pluma y escribía versos a aquella que iluminaba su camino todos los días. Y, a pesar de todo ello, el albor que

irradiaba el cielo allá adonde fuese aquella dama de enormes ojos no era lo que inhibía a Morfeo en la conquista de la mente de Marcos cada noche. Por el contrario, eran los detalles que desprendía en cada uno de sus gestos, lo que quitaba el sueño del joven guerrero y coloreaba sus sueños si finalmente dormía.

Él preservaba con sumo cuidado en varios rincones de su memoria, por si acaso alguno desapareciera de repente, el recuerdo de aquel día soleado en el que el paso de Eva se hizo más lento y sus ojos miraron en dirección a la carpeta que Marcos asía con su mano derecha. -¿Qué llevas allí que guardas con tanto cariño todos los días?- Eva alzó de súbito su mirada atravesándole. Marcos comprendió que se estaba dirigiendo a él y no podía tomarse una eternidad para que su cerebro propusiera premisas lógicas, su inconsciente las falseara de instintos y pulsiones y su consciente sintetizara una respuesta correcta e inteligente descartando las demás. Cuando una decisión está tomada, aún ha de pasar un complicado proceso mental hasta su ulterior ejecución. En la imaginación del sujeto se monta instantáneamente un pequeño teatro. El individuo que razona se sienta en una butaca de la primera fila, cerca del vetusto escenario. De pronto, el telón se abre. Aparece en escena una réplica del propio sujeto. No le faltaba razón a Calderón al afirmar que la vida es sueño y que el mundo es un gran teatro. La ambigüedad viene en su segunda conclusión, al afirmar que los sueños, sueños son. Nuestro amigo pensaba que no se podía llegar a saber lo que son los sueños, sino en sueños, pues el consciente no puede introducir a la realidad onírica en el teatro de la vida. Necesita un plano de enfoque diferente. Marcos en aquellos momentos centrifugaba en su cerebro la respuesta a toda velocidad y representaba fulminantemente una por una cuantas obras se le ocurrían. Ninguna le gustó lo suficiente, acaso porque había acudido al teatro con demasiadas exigencias para con el actor principal.

-Escribo algunas cosas de vez en cuando y las recopilo en esta carpeta roja.- Ella sonrió sin dejar de mirarle.

-Con que escribes, ¿eh?- la chica continuó su interrogatorio con creciente interés. –Y dime, ¿qué escribes?, porque nunca habría dicho que tuvieras cara de escritor o algo así.- Nuestro amigo se pensó la respuesta por un instante.

-Lo que Minerva me susurra al oído de cuando en cuando. –Marcos quedó más contento de aquella última contestación. Comenzaba a controlar su mente y sus nervios.

-Y ¿quién es Minerva?, ¿tu novia?- El chico no pudo evitar una carcajada al oír aquello. Ella le miró seria. Parecía ofendida y adquirían ahora sus ojos un aire amenazador. Marcos dejó de reír lentamente.

-¡Qué va!- comenzaba a poder mirarla a los ojos por más de un segundo seguido- Minerva es la diosa mitológica de la inteligencia. Para mí siempre ha representado la inspiración que mueve mi pluma y da forma a mis sueños.- Ella volvió a sonreír y nuestro amigo comprendió que aquella chica nunca se enfadaría realmente por nada, nunca guardaría indeleble rencor con nadie, pues su bondad no se lo permitía. Parecía impresionada por la retórica de Marcos. De pronto, su expresión se tornó más grave y le volvió a inquirir.

-Y, ¿qué nombres te susurra Minerva al oído?- Marcos bajó la vista y la perdió en el suelo. Vaya pregunta. ¿Sobre quién escribía? El sino no dejaba de ser irónico en muchas ocasiones. Aunque, ¿cómo iba a saber la respuesta aquella chiquilla? ¿Cómo la joven podía intuir que era ella la que plasmaba e infundía con su perfume cada una de las letras que nuestro amigo acertaba a escribir? Y sin embargo era cierto. Trató de expresarlo metafóricamente sin faltar a la verdad.

–Escribo sobre Pompea Paulina.- Ella permaneció quieta durante un momento con el fin de dilucidar si la frase había concluido o no. Luego comenzó a reír de súbito. Su risa era casi mágica, eterna fuente de ternura infinita.

–No caeré otra vez en la misma piedra- dijo sin parar de reír.- ¿Es otra diosa mitológica esa Paulina?

-Esta vez no- dijo acompañándola en su risa-. Pompea Paulina fue la mujer de Séneca. Cuando el alumno de éste, Nerón el emperador de Roma, mandó ajusticiarle a muerte, dos soldados realizaron aquella funesta y póstuma visita al hogar del filósofo. Al escuchar Pompea la sentencia de su marido respondió serena que ella también prefería la muerte junto a aquél al que amaba que la mentira y la tiranía que la vida habría de proporcionarle sola. Prefirió cortarse las venas y logró así que su amor fuera ya inmortal e imborrable.- Eva había escuchado su historia con enorme atención y parecía reflexionar sobre ello.

–Así que al final ambos murieron juntos- musitó tras algún tiempo.

–No exactamente. Cuando Pompea estaba próxima a expirar, los soldados se apiadaron de ella y le vendaron los cortes. Sobrevivió algunos años, acaso porque Dios creyó que aún le quedaba bien por hacer en la Tierra y el reencuentro podía esperar.

–Es precioso. Comprendo de alguna forma que escribas sobre eso, que busques por la noche una luna que te lleve a Pompea. Merece la pena, ¡vaya que si la mereces!- Sonrió excelsamente hermosa de nuevo.- Ya nos veremos, Marcos- había podido hablar con ella. La ninfa se había acercado al mortal y había jugado con él. Había bajado directa desde el cielo y sabía su nombre. Eva se dio la vuelta para seguir su camino sin ennegrecer un ápice su rostro. Un camino que le llevaría algún día de vuelta a su lado. Un camino de azucenas.